

Una bomba en el costal de Javier

El trabajo de Joaquín era sencillo: enrollar las fotografías en el cilindro de la máquina de telefotos y enviarlas a la redacción del diario en Bogotá. “Funciona igual que un fax”, le había dicho su jefe un par de semanas antes, cuando Joaquín se estrenaba en el cargo. Antes había sido despachador de periódicos, oficio en el que comenzó a mostrar sus dotes de buen administrador sin título. Habían pasado seis años desde su ingreso en la oficina de corresponsales en Cartagena, a un millar de kilómetros de la casa matriz del periódico en Bogotá.

“De la misma manera que se envía una página de texto mediante conexión telefónica, usted, Joaquín, envía una foto a la redacción central. No tiene que aprender mucho”, le instruyó Bermúdez, quien también era jefe de los dos periodistas y del fotógrafo que trabajaban en la oficina de corresponsales.

Joaquín no tuvo que aprender mucho, pero aprendió bien y en menos de una semana manejaba con plena destreza la máquina de telefotos. Por añadidura, le habían encargado el manejo del laboratorio de fotografía, que no era más que un estrecho cuarto oscuro con una ampliadora y una zona húmeda, en el que revelaba las fotos que enviaba a la redacción central en Bogotá.

Hervidero de turistas, Cartagena soportaba las incertidumbres de la guerra del narcotráfico. La ciudad de murallas milenarias parecía vacunada contra la violencia hasta la tarde de ese febrero de 1991, cuando doscientos kilos de dinamita escondidos en la cajuela de un automóvil destrozaron la fiesta que se vivía en la plaza de toros La Macarena. Veintiséis personas murieron, medio centenar llegaron a los centros médicos para curar las heridas del cuerpo y 46 carros volaron por los aires en un apocalíptico efecto dominó.

En la oscuridad solitaria y sofocante del cuarto oscuro, Joaquín se había sobrecogido con las fotografías que se develaban ante sus ojos y mostraban el horror del atentado. Esta vez no seleccionó solo algunas de la película que le entregó el fotógrafo, sino que las reveló y las copió todas con un esmero de joyero, y se dedicó a enviarlas, una a una, al ritmo y a la velocidad que la máquina de telefotos se lo permitió.

Joaquín sabía que de tanto estallar bombas y de tanto morir gente los diarios habían ido perdiendo la capacidad de asombro; las noticias de la guerra se refundían cada vez más en las páginas interiores. Sin embargo, tal como lo había imaginado, la mañana siguiente leyó la noticia de la bomba en la primera página del periódico, con ampliación en media página interior. Cuatro de las fotografías que él había revelado, copiado y enviado mediante el telefoto desde Cartagena acompañaban los textos del reportaje sin firma en el que se detallaban los estragos de la explosión. Satisfecho, cerró el periódico y siguió en lo suyo.

Una semana más tarde, con el recuerdo fresco del triste remate de fiesta taurina, nativos y turistas habían vuelto a la vida de siempre en las calles empedradas de la zona amurallada. En la oficina

de corresponsales la atención estaba puesta ahora en el Centro de Convenciones, donde se preparaba una reunión política para debatir la propuesta de declarar a Cartagena distrito especial y turístico. No se trataba un invento regional, sino de una idea cocinada en el Congreso de la República que iba en camino a convertirse en ley.

En una ciudad de escasas noticias, la reunión política adquiría importancia de primera plana. Los reporteros fueron llegando al emblemático edificio con las primeras luces de la mañana, y aunque la reunión no comenzó hasta dos horas después, no se exasperaron, acostumbrados al destiempo con que transcurre la vida en esas tierras del Caribe.

El encuentro político terminó bajo el sopor del mediodía con un listado de recomendaciones para alimentar las discusiones en el Congreso. Bermúdez, jefe de la oficina de corresponsales, había notificado a Bogotá sobre el evento, pero no había recibido respuesta, porque lo que es importante en una ciudad a mil kilómetros de distancia puede no serlo para quienes toman las decisiones en la redacción central.

El periódico llevaba unas semanas promoviendo un concurso que había despertado una inusitada curiosidad de los lectores. Se trataba de un juego de acertijos gracias al cual se triplicó la circulación y se habían multiplicado los avisos comerciales, en una repentina bonanza que llegaba como un bálsamo para aliviar las crisis que agobiaba a la empresa editorial.

En las páginas centrales del diario se publicaba, a todo color, un complejo paisaje urbano atiborrado de simpáticas escenas, en cada una de las cuales los lectores debían encontrar a un simpático

personaje llamado Javier. Las páginas con los hallazgos enviadas por los concursantes habían llenado una bodega entera del periódico a la espera de los sorteos para escoger a los ganadores.

De modo que el día de la reunión política en Cartagena los jefes en Bogotá no tuvieron ojos ni cabeza para otra cosa que no fuera la de buscar espacios para las noticias en una jungla de anuncios publicitarios que si bien nutrían la contabilidad de la empresa, empobrecían la oferta informativa. Joaquín no lo sabía, y se consagró a escoger las mejores imágenes del encuentro político para enviarlas a la redacción central, convencido de que, así como con la noticia del atentado, sus fotografías iban a aparecer en los encabezados del día siguiente.

El acucioso operario enrolló la primera fotografía en el rodillo de la telefoto y notó que la máquina no daba señales de vida. Con las fotografías en el escritorio, llamó al área de servicios técnicos del periódico en Bogotá para reportar el daño. “Mande la telefoto en avión que aquí la arreglamos”, le dijeron. Y la envió. Esa misma tarde, antes de terminar su turno, envolvió la máquina, la metió en una caja de cartón, la selló con cinta adhesiva y escribió en ella: “Delicado”. Le quedó tiempo para llevarla a la salita de despachos, donde le pidió al encargado que se la entregara al hombre de la camioneta.

Roberto Aponte, el hombre de la camioneta, llevaba un buen tiempo en el oficio de traer los periódicos que llegaban al aeropuerto desde Bogotá y entregarlos, calle por calle, a los despachadores que los tiraban por debajo de las puertas de los suscriptores. Cuando llegó a la oficina de corresponsables, recibió el encargo y se llevó la telefoto rumbo al aeropuerto.

En Bogotá, la paranoia agobiaba a la gente, que se sobresaltaba con algún vehículo sin dueño dejado en cualquier esquina ante la sospecha de que se tratara de un “carro-bomba”. Los atentados con dinamita se habían vuelto cotidianos y los reporteros de orden público no encontraban un día de paz desde cuando había detonado la guerra.

El ejército privado de Pablo Escobar, entonces el más sonado narcotraficante en el mundo, enfrentaba las embestidas del Bloque de Búsqueda, un escuadrón de policías especialmente entrenado por el Gobierno para acorralar al capo. Todo el mundo sabía, pero nadie lo reconocía públicamente, que para entonces ese grupo se había desviado hacia acciones no legales y albergaba tanto a agentes estatales como a mercenarios, paramilitares y espías extranjeros.

La guerra había llegado a un grado tal de confusión que no se sabía de dónde salían las balas ni hacia dónde apuntaban. El diario para el que trabajaba Joaquín se había enfrentado al cartel de las drogas de Escobar en una cruzada periodística de dimensiones suicidas que terminó con la muerte de varios de sus periodistas, incluido su director, y una explosión que dejó maltrecho el edificio donde funcionaba.

En ese estado de dramatismo, el periódico no tuvo otra salida que pedir la custodia especial de Ejército y Policía. Se la dieron. Un puñado de soldados y agentes policiales comenzaron a controlar los accesos a la edificación donde operaban el área administrativa, la redacción y dos enormes rotativas que imprimían miles de ejemplares por día.

Una tarde de febrero, apenas dos semanas después de la explosión de muerte en Cartagena, los policías que controlaban el

acceso posterior del periódico se sobresaltaron cuando el detector de metales se activó durante la requisa de rutina a un vehículo. Dentro de uno de los costales repleto de páginas enviadas por los lectores que encontraron a Javier estaba camuflado un misterioso artefacto que hizo encender las alarmas.

Quince minutos después, tres hombres engullidos en trajes acolchados con caretas de astronauta cargaron con pulso de relojero el aparato hasta un potrero vecino, a unos doscientos metros de distancia del diario. Examinaron meticulosamente el objeto y, como no pudieron identificarlo, decidieron que lo mejor sería realizar una explosión controlada para destruirlo. Lo metieron en una cápsula blindada e introdujeron también un detonador con un explosivo de baja intensidad.

Desde las ventanas, algunos de los empleados observaban sin entender las maniobras y se estremecieron cuando los tres hombres corrieron para alejarse del artefacto. Unos segundos después se produjo una explosión que no habría sido capaz de destruir un escritorio, pero aun así los agentes decidieron esperar un buen rato a la espera de una segunda, que no llegó.

Cuando consideraron que la espera había sido suficiente, caminaron con pasos de felino hacia la cápsula, la abrieron lentamente y descubrieron la destrucción. El artefacto era entonces un centenar de fragmentos de metal y plástico, y seguía siendo indescifrable para los agentes. Recogieron los pedazos en bolsas y los rotularon para enviarlos a los peritos forenses.

Despojados de las caretas y con el corazón otra vez a su ritmo, los agentes retornaron al periódico y le mostraron al jefe de vigilancia

las bolsas con los escombros. Al hombre, que había recorrido por años los más recónditos espacios del edificio, le pareció reconocer algunas partes del destruido aparato y pidió que llamaran a uno de los fotógrafos. Nadie entendió por qué, pero le hicieron caso.

Miguel Colmenares, un viejo zorro de la reportería gráfica, que había cubierto desde matrimonios hasta combates guerrilleros, no tardó en atender el llamado. Cuando vio los residuos de la explosión metidos en las bolsas de plástico, se llevó las manos a la cabeza y exclamó: “¡Carajo, la telefoto!”.

Rodolfo Prada Penagos
Director académico
Comunicación Social
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura.